

LA ALCOBA EN ESPERA

BIBLIOTECA DE LA REINA
VICENTINA DE VIZCAYA
MADRID

Se da, sin embargo, luz todas las mañanas en esta alcoba, cuando una de las tres hermanas, a turno, viene a hacer limpieza en ella, objeto por objeto, sin hablar, sin ruido, con un cuidado y atención demasiado minuciosos para cada cosa, porque no quedaba con el aspecto que ella quería, lo que nada tiene de extraño para nosotros. La sombra, por todos los lados, a penas han vuelto a cerrar las persianas y las maderas de la ventana, se hace de pronto espesa como en un subterráneo; y de pronto, como si aquella ventana no se hubiera abierto durante años, se echa encima el espesor de esta sombra, convertida en el hálito sensible del silencio vacío y suspenso sobre muebles y objetos, los cuáles, a su vez, parece que conservan todo el día el susto propio de aquel cuidado demasiado minucioso con el que han

sido desempolvados, limpiados y puestos en orden.

El calendario de pared cercano a la ventana queda sabiendo que le han arrancado otra hoja, y pesaroso como si le pareciese una inútil crueldad que se le haga señalar la fecha en aquella sombra vacía y en aquel silencio. Y con pavor parece que desgrana su monótono tic-tac un viejo reloj de bronce, en forma de ánfora, sobre la piedra de mármol de la cómoda.

Sobre la mesilla de noche, no obstante, la botellita del agua, de cristal verde dorado, coronada de su largo vaso boca abajo, recibiendo a través de la oscuridad que la rodea un rayo de luz de la ventana de enfrente, parece que se ríe de todo aquel susto esparcido en la alcoba.

Es, en realidad, algo brillantemente vivo sobre aquella mesilla de noche.

La risa de la botellita del agua viene, sí, sin duda, del rayo de luz, pero acaso porque con este rayo de luz pudo la botella descubrir sobre la iluminada losa de mármol los gestos de las dos figuritas de una caja de fósforos puesta allí, desde hace catorce meses, para que esté pronta a la necesidad de encender la vela, aunque desde hace catorce meses descansa inútil sobre la palmatoria de hierro esmaltado, en forma de trébol, con mango y boquilla de latón.

En espera de la llama que debe consumirla se ha puesto amarillenta aquella vela sobre el trébol de la palmatoria, como una virgen ya madura. Y es cosa de apostar que las dos figuras picarescamente gesticuladoras de la caja de cerillas han comparado aquella vela con las tres hermanas solteronas que vienen, un día cada una, a limpiar y a poner en orden la alcoba, como si verdaderamente alguien la habitase desde catorce meses a esta parte.

Vamos, aunque intacta todavía, pobre vela virgen, deberían cambiarla las tres hermanas, si no precisamente todos los días, como hacen con el agua de la botellita (que por esto mismo está tan viva y pronta a reír en cualquier rayo de luz), al menos cada quince días, cada mes, ¡vamos!, para no vérla tan amarillenta, para no ver en esa amarillez los catorce meses que han pasado sin que nadie haya venido a encenderla, al acostarse, sobre aquella mesa de noche.

Y verdaderamente es una mentecatez deplorabile, porque no sólo el agua de la botellita, sino todo, lo cambian aquellas tres hermanas: cada quince días las sábanas y los almohadones de la cama, hecha y vuelta a hacer todas las mañanas con amorosa diligencia, como si realmente alguien hubiera en ella dormido; dos veces por semana, la camisa de dormir, que todas las noches, después de doblado el embozo de las mantas, se saca de la

bolsa de raso colgada de una cinta azul a la cabecera del blanco lecho, y se extiende sobre el mismo con el faldón de atrás debidamente levantado. Y han mudado, ¡oh, Dios!, también hasta las zapatillas delante de la butaca al pie de la cama. Seguro: las viejas, dentro de la mesilla, y en su puesto, allí sobre la alfombrita, un par nuevo, de terciopelo, bordado por la última de las tres hermanas. ¿Y el calendario? Aquél allí, cerca de la ventana, es ya el segundo. El otro, del año pasado, se ha sentido quitar uno a uno todos los días de los doce meses, uno cada mañana, con inexorable puntualidad. Y no hay peligro de que la mayor de las tres hermanas, todos los sábados, a las cuatro de la tarde, se olvide de entrar en la alcoba para dar cuerda a aquel viejo reloj de bronce de sobre la cómoda, que con tanto pavor rompe el silencio con su tic-tac y mueve las dos manecillas sobre el cuadrante, pasito a paso, que no se vea, como si quisiera decir que no lo hace adrede, por gusto suyo, sino forzado por la cuerda que le dan.

Las dos figuritas gesticuladoras de la caja de cerillas evidentemente no ven, como pueden verlo el viejo reloj de bronce con su blanco ojo redondo del cuadrante y el calendario desde lo alto de la pared con el número rojo que señala la fecha, el lúgubre efecto de aquella camisa de dormir extendida sobre la cama y de aquellas dos zapatillas nuevas

en espera sobre la alfombrita de junto a la butaca.

En cuanto a la vela fijada sobre el trébol del candelero, ¡oh!, esa se encuentra tan rígida y absorta en su amarilla tiesura, que no se cuida de las burlas de aquellas dos figuritas gesticuladoras ni de la risa de la panzuda botellita, sabiendo bien qué cosa está esperando allí, aún intacta y tan amarilla.

¿Qué espera?

El hecho es que hace catorce meses que las tres hermanas y su madre enferma creen que pueden y deben esperar en esta forma el *probable* retorno del hermano e hijo Cesarino, subteniente de complemento del 25° de infantería, que partió para la Tripolitania (van corridos más de dos años) y allí fué destacado en el Fezán.

Desde hace catorce meses, es verdad, no han tenido más noticias de él. Hay más. Después de tantas investigaciones angustiosas, súplicas e instancias, ha llegado, por fin, del Alto Mando de la colonia la comunicación oficial de que el subteniente César Mochi, después de un combate con los rebeldes, no encontrándose ni entre los muertos, ni entre los heridos, ni entre los prisioneros, de lo cual se ha logrado tener noticia cierta, debe ser considerado como desaparecido sin haber dejado rastro alguno.

El caso ha despertado al principio mucha

lástima en todos los vecinos y conocidos de aquella mamá y de aquellas tres hermanitas. Poco a poco, sin embargo, la lástima ha ido enfriándose, y ha empezado en su lugar una cierta irritación, en alguien también una verdadera indignación; por esto que parece «una comedia», es decir, por aquella alcoba mantenida tan puntualmente en orden, hasta con la camisa de dormir extendida sobre el lecho destapado; parecía que con esta comedia querían aquellas cuatro mujeres negar su tributo de lágrimas a aquel pobre joven y ahorrarse a sí mismas el dolor de llorarlo muerto.

Demasiado pronto han olvidado vecinos y conocidos que ellos, ellos mismos, a la llegada de la comunicación del Alto Mando de la colonia, cuando aquella madre y aquellas tres hermanas habían comenzado a llorar muerta a la amada persona, lanzando gritos desgarradores, las habían estado persuadiendo gran rato y con argumentos, a cual más eficaz, a que no se desearan así. ¿Por qué llorarlo muerto—les habían dicho—si claramente en aquella comunicación se anunciaba que el oficial Mochi entre los muertos no había sido encontrado? Había desaparecido; podía volver de un momento a otro; aún después de pasado un año, ¿quién sabe? En Africa fugitivo, oculto... Y también les han ido a aconsejar y casi a impedir que aquella madre y aquellas tres hermanas se vistieran de negro, como

ellas querían en aquella incertidumbre. De negro, no, les han dicho; ¿para qué este mal agüero? Y a la primera esperanza de aquellas pobrecitas, que se expresaba aún en forma de duda: «quién sabe... sí, quizás esté vivo», se han apresurado a responder:

—¡Claro que estará vivo! ¡Y lo está ciertamente!

Pues bien; ¿no es natural, por tanto, faltando de veras todo fundamento de certeza a la suposición de que el amado joven esté muerto, y forjada, en su lugar, como todos han querido, la ilusión de que está vivo, aquella pobre mamá enferma, aquellas tres hermanas den, cuanto más puedan, consistencia de realidad a aquella ilusión? Y eso precisamente es lo que hacen al dejar la alcoba en espera, arreglándola con cuidado minucioso, sacando todas las noches del saquito la camisa de dormir y extendiéndola sobre la cubierta de la cama con el embozo levantado. Porque si se han dejado persuadir de no llorarlo muerto, de no desesperar de verlo vivo, deben por fuerza verlo a él, vivo para ellas, a él, que realmente puede llegar de un momento a otro; y tan ciertas están ellas de eso, que hasta le preparan todas las noches la camisa de dormir allí, sobre la cama, sobre aquella camita de él, que se vuelve a hacer todas las mañanas, como si él de verdad hubiera dormido en ella por la noche. Y por eso también Margaritina, esperándolo siempre, no

BIBLIOTECA ALFONSO DE BOURBON Y ORLEANS

se ha contentado únicamente con bordarle las nuevas zapatillas, sino que las ha puesto allí al pie de la butaca, para que él apenas vuelto las encuentre dispuestas en el lugar de las viejas.

Perdonad un momento:

—¿Es que acaso no se han muerto aquel hijo vuestro, aquella hija vuestra, cuando han salido para sus estudios en aquella lejana ciudad?

¿Ah, me excomulgáis? ¿Apagáis mi voz gritando que no se han muerto de ningún modo? ¿Que estarán de vuelta a fin de año y que mientras tanto recibís puntualmente noticias tuyas dos veces por semana?

Calmaos, sí, vamos, lo creo de veras. Pero, ¿cuánto va a que pasado el año, cuando vuestro hijo o vuestra hija vuelvan, con un año más de edad, vosotros os quedáis estupefactos, aturdidos, delante de ellos, y vosotros, vosotros mismos, como para rechazar una duda que os espanta, con las manos abiertas, exclamáis?:

—Dios mío, ¿pero eres tú mismo? ¡Santo Dios, qué distinta vuelve!

No sólo distinta en el alma, o sea en el modo de pensar y sentir, sino también en el metal de la voz, también en el cuerpo, en el modo de gesticular, de moverse, de mirar, de sonreír...

Y con turbación os preguntáis:

—¿Pero, cómo? ¿Eran estos sus ojos? Po-

drías jurar que su nariz, cuando se fué, era un poco más grande...

La verdad es que vosotros no reconocéis en vuestro hijo o en vuestra hija, vueltos al cabo de un año, aquella misma realidad que les dabais antes que partiesen. Ya no existe, ya ha muerto aquella realidad. Y sin embargo, no os vestís de luto por esta muerte y no lloráis... No lloráis, en verdad, aunque os cause pena este otro que vuelve a vuestra casa en lugar de aquel hijo que se os fué; este otro, que no podéis ni sabéis reconocer ya.

Vuestro hijo, aquél que conocíais antes que se fuese, ha muerto, creedlo, ha muerto. Sólo la existencia presente de un cuerpo (y, para eso, tan cambiado!) os hace decir que no. Pero bien lo advertís vosotros: aquél que partió hace un año era otro; aquél no ha vuelto...

Pues bien; precisamente igual que no vuelve más a su mamá y a sus tres hermanas este Cesarino Mochi, partido hace dos años para la Tripolitania y allí destacado en el Fezán.

Ahora, bien sabéis vosotros que la realidad no depende de la presencia o de la no presencia de un cuerpo. Puede el cuerpo estar presente, y haber muerto para la realidad que vosotros le dabais. Lo que constituye la vida, pues, es la realidad que vosotros le dáis. Y por eso realmente puede bastar a la mamá y a las tres hermanas de Cesarino Mochi la vida que él seguía teniendo para ellas allí, en la

realidad de los actos que practicaban para él, en aquella alcoba que lo espera en regla, pronta a acogerlo tal cual era antes que partiese.

¡Ah!, no hay peligro para aquella mamá ni para aquellas tres hermanitas de que él vuelva cambiado en otro, como ha sucedido con vuestro hijo a fin de año.

La realidad de Cesarino es inalterable allí en su alcoba y en el corazón y en la mente de aquella mamá y de aquellas tres hermanas, para las cuales, fuera de ésta, no existe otra realidad.

* * *

—Tití, ¿a cuánto estamos del mes?—pregunta desde su sillón la mamá, enferma, a la más pequeña de las hijas.

—A quince,—responde Margarita, alzando la cabeza del libro; pero no, no está muy segura, y pregunta, a su vez, a las dos hermanas:—A quince, ¿no es verdad?

—A quince, sí—confirma Nanda, la mayor, desde el bastidor.

—A quince—repite Flavia, que está co-siendo.

Sobre la frente de las tres hermanas se dibuja la misma arruga, ante aquella pregunta de su madre, a la que han respondido.

En la calma de la vasta estancia del come-

dor, velada su luminosidad por blancos visillos de muselina, ha entrado un pensamiento, que de costumbre, no estudiada, sino instintivamente, se mantiene lejano de las cuatro señoras: el pensamiento del tiempo que pasa.

Las tres hermanas han adivinado el por qué de este pensamiento pavoroso en la mente de la madre enferma, abandonada sobre el butacón; y por eso han arrugado la frente.

No es ya por Cesarino. Es por otra persona, no de la casa, pero que en la casa, mañana acaso, ¿quién sabe?, podría ser la dueña: Clarita, la novia del hermano. Es ella, sí, la que, quizás demasiado, les hace pensar en el tiempo que pasa.

La mamá, preguntando a cuánto se está del mes, ha querido contar los días que han pasado desde la última visita de Clarita.

Venía antes todos los días la amada niña (niña verdaderamente Clarita para aquellas tres hermanas ancianas), casi todos los días, con la esperanza de que hubiese llegado la noticia; porque estaba segura, más segura que todas, ella, de que la noticia tenía que llegar pronto. Y entraba alegre entonces en la alcoba del novio, y en ella dejaba siempre una flor y una carta. Sí, porque seguía escribiendo, según costumbre, todas las tardes a Cesarino. Las cartas, en vez de echarlas al correo, venía a dejarlas allí para que las encontrase Cesarino rápidamente, apenas llegado.

La flor se marchitaba, la carta permanecía.

¿Pensaba Clarita acaso, al encontrar bajo la flor mustia la carta del día precedente, que también el perfume de ésta se había desvanecido sin embriagar a nadie? La ponía en el cajón de la pequeña escribanía de junto a la ventana, y en su lugar dejaba la nueva carta y encima de ella una nueva flor.

Duró mucho, meses y meses, esta delicada atención. Pero un día, la pequeña viene con más flores, sí, pero sin carta. Dijo que había escrito también la tarde precedente, y por cierto más largo de lo acostumbrado, y que todas las tardes le seguiría escribiendo, pero en un cuadernito, porque su mamá le había hecho notar que era un inútil despilfarro de papel de cartas y de sobres.

Verdaderamente lo era: lo que importaba era el pensamiento de escribir a diario; que hacerlo en papel de cartas o en el cuaderno, era lo mismo, y si no precisamente lo mismo, vamos, poco menos...

Sino que, con aquella carta diaria, comenzó también a faltar la visita diaria de Clarita. Primero, tres veces; después, dos; luego, dispuso venir una sola vez por semana. Más adelante, con la excusa del luto por la muerte de la abuela materna, estuvo más de quince días sin venir. Y al cabo, cuando—no espontáneamente, sino conducida por las tres hermanas—

volvió a entrar por primera vez vestida de negro en la alcoba de Cesarino, ocurrió una escena inesperada, que por poco no hace estallar de angustia el corazón de aquellas tres infelices. Toda de un golpe, apenas entrada, se desplomó sobre el lecho de Cesarino, rompiendo en un llanto desesperado.

¿Por qué? ¿Qué le había dado? Permaneció luego aturdida, como extraviada ante el estupor angustioso de aquellas tres hermanas pálidas, lívidas; dijo que no sabía ella misma lo que le había dado, lo que le había sucedido... Se excusó; echó la culpa a su luto, al dolor por la muerte de su abuela... Dios mío, sí, ¿qué le pasaba? Había sido una tontería... Una locura imprevista... Volvió, de todos modos, a venir una vez por semana.

Pero las tres hermanas experimentaban ahora una cierta repugnancia a llevarla, así vestida de luto, a la alcoba en espera; y ella tampoco entraba por sí, ni rogaba a las tres hermanas que la llevaran. Y de Cesarino, casi no hablaban.

Tres meses hace que vino de nuevo vestida de claro, primaveral, lozana como una flor, toda encendida y vivaz como en el buen tiempo, desde el que las tres hermanas y su pobre mamá no habían vuelto a verla. Llevó muchas, muchas flores, y quiso ella misma, con sus manos, colocarlas en la alcoba de Cesarino, distribuyéndolas en vasitos sobre la pequeña

BIBLIOTECA ALFONSIANA
VIA S. PIETRO 10
VENEZIA

escribanía, sobre la mesita de noche, sobre la cómoda. Dijo que había tenido un buen sueño.

Permanecieron con su ansiedad, oprimidas y casi espantadas de la vivacidad exuberante, de la renacida alegría de la jovencita, aquellas hermanas cada vez más pálidas, más lívidas, aquéllas que en la negrura de las sombras de la alcoba en espera respiraban únicamente su propia vida. Comprendieron, apenas cesado el primer aturdimiento, que se les arrancaba con violencia cruel la vida que reflorece prepotente en aquella niña y que no podía ser ya detenida en el silencio de aquella espera, a la que ellas con tanto orden minucioso, con los religiosos cuidados de sus manos suaves y frías daban todavía, y, tenazmente, querían dar siempre una apariencia de vida, tanta como bastase a ellas. Y no hicieron ninguna oposición, cuando Clarita, fingiéndose ruborosa, dijo que le había nacido una gran curiosidad de saber qué había escrito a Cesarino en sus primeras cartas de más de un año de fecha, encerradas en el cajón de la escribanía.

Más de ciento debían de ser aquellas cartas, ciento veintidós o ciento veintitrés. Las quería releer; las tendría después conservadas ella, para Cesarino, juntas con los cuadernitos. Y a diez por vez, se las fué llevando todas a su casa.

Desde entonces las visitas se fueron distanciando. La anciana mamá, enferma, mirando

fijamente el brazo del butacón, cuenta los días que han pasado desde la última visita; y es curioso que, tanto para ella como para las tres hijas cejijuntas, estos días pasaban y parecían demasiados, mientras por Cesarino, que no vuelve, el tiempo no pasa jamás; era como si hubiese partido ayer, o más bien como si Cesarino no hubiera en efecto partido, sino que sólo hubiera salido de casa y debiera volver de un momento a otro, para sentarse a la mesa con ellas y después irse a dormir en su camita.

* * *

El golpe lo recibe la pobre mamá con la noticia de que Clarita tiene otro novio.

Era de esperar aquella noticia, porque ya hacía dos meses que no se dejaba ver. Pero las tres hermanas, menos viejas, y, por tanto, menos débiles que la mamá, se obstinaron en decir que no, que esta traición no se la esperaban. Quisieron a toda costa contestar al golpe, ellas, y dijeron que Clarita se había echado otro novio, no porque Cesarino haya muerto y ella no tuviera, por tanto, razón alguna de esperar todavía su vuelta, sino porque después de dieciséis meses se ha cansado de esperarlo. Dijeron que su mamá se muere, no porque el nuevo noviazgo de Clarita le haya hecho perder la ilusión, cada vez más firme,

del regreso de su hijo, sino por la pena que su Cesarino sentirá, a su vuelta, con la traición cruel de Clarita.

Y la mamá, desde el lecho, dice que sí, que muere con esta pena; pero en los ojos tiene como una risa de luz.

Las tres hijas le miraban aquellos ojos con desazonada envidia. La madre, dentro de poco, irá a ver desde allá si el hijo existe; se librará de esta ansia de la larguísima espera; tendrá la certeza, ella; pero no podrá volver a decírselo a sus hijas.

Querría decir, la mamá, que no hay necesidad de venir a decir nada, porque ella está ya segura de que encontrará allá a su Cesarino; pero no, no lo dice; siente una gran piedad por sus tres pobres hijas que se quedan solas y tienen tanta necesidad de seguir creyendo que Cesarino está todavía aquí, vivo, para ellas, y que un día u otro debe volver; y por esto disimula dulcemente la luz de sus ojos, y hasta lo último, hasta lo último quiere permanecer sumada a la ilusión de las tres hijas. Y para que también su último suspiro dé aliento a esta ilusión, y siga viviendo en ellas, con el postrer hilito de su voz, suspira:

—Se lo diréis... que lo he esperado tanto...

* * *

A la noche, cuatro cirios funerales arden a los cuatro ángulos del lecho, y de rato en rato tienen un leve chisporroteo, que hace vacilar apenas la larga llama amarilla.

Tan profundo es el silencio de la casa, que los chisporroteos de aquellos cirios, aunque tan leves, llegan desde allí a la alcoba en espera, y aquella vela amarillenta, fija desde hace dieciséis meses al trébol de la palmaria, aquella vela que sirve de irrisión a las dos figurillas gesticuladoras de la caja de cerillas, a cada chisporroteo parece como si hiciera un esfuerzo muscular para atraer hacia sí las llamas de los cirios, a fin de velar también ella otro muerto allí, sobre el lecho intacto.

Y... un desquite, para aquella vela. Esta noche no se ha cambiado el agua de la botellita, ni sacado de la bolsita, ni extendido sobre las mantas desembozadas, la camisa de dormir. Y marca la fecha de ayer el calendario de pared. Se ha detenido un día, y parece que por siempre, en la alcoba, aquella ilusión de vida. Y sólo el viejo reloj de bronce, sobre la cómoda, sigue taciturno, y más medroso que nunca, hablando del tiempo en aquella tenebrosa espera sin fin.